



## NUNCA ME HA DADO MIEDO CAER

ANDREA GORGONIA TREVIÑO

*you wanted me to jump and I declined  
you called me a coward, I replied  
"I don't wanna live forever  
but I don't wanna die tonight"  
Afraid of heights, Boygenius*

Sin título / Escala de grises  
/ Serie: Las flores que  
nacen en el concreto /  
Fotografía análoga Kodak  
Color 200 / 2023

**N**unca me he sentido más viva que cuando temo. Nunca me he sentido más despierta que cuando sé que todo puede caer por la borda, pero la vida me ha cobrado con creces. El agotamiento de vivir colgada de la inestabilidad me ha cansado.

No sé de dónde vino mi miedo a las alturas. Me ha arrebatado la posibilidad de salir de la ciudad. De tomar ese avión al extranjero. Se ha llevado consigo la posibilidad de emigrar. Me ha dejado con la costumbre de mantener la cabeza baja. Me ha hecho perder el sentido de dónde estoy y quién he sido.

Ahora que lo escribo, tal vez este miedo esté ligado a mi padre. A ver el mundo girar y colgar de mi cuello desde el segundo piso de una casa que él y mi mamá rentaron. A sentir sus manos en mi cintura que me empujan hacia el borde del barandal.

Conozco a la perfección ese segundo que pende de la eternidad entre dejarte caer y volver a tu lugar. Sentir mi estómago contra la pared de mi espalda; el golpe de la gravedad contra mi pecho. Tragarme el vacío y haberlo visto en sus ojos. A veces, todavía puedo ver mi mano crecer, alargándose, hacia la otra persona que nunca me sujeta.

Nunca me ha dado miedo caer. He esperado el abismo desde que aprendí a recordar.

La primera vez que visité a un psicólogo tenía 6 años. Un pupitre sin paleta era mi asiento y el escritorio del psicólogo se mostraba como una barrera de madera y metal que me separaba de la verdad. Libreros, carteles colgados de la pared; mis hombros no rebasaban los cajones de los gabinetes. Dije que tenía miedo a las alturas.

*¿Miedo a caer?*

No, miedo a las alturas.

Miedo a saberme colgada. De no sentir la seguridad debajo de mis pies. De saber que el cielo puede devenir sobre mí. De ver el mundo girar al ras del piso. De no tener nada de lo que prenderme.

No tengo miedo de caer.

No puedo poner nombre a lo que me ha atenido tantos años. Ni nombrar de dónde viene esa idea intrusiva que me susurra entre ráfagas tirarme desde el octavo piso de alguna construcción en la ciudad. Es esa misma que me persigue en el metro. La sombra que camina detrás de mí, pero no me toma la mano al cruzar los puentes. ¿Saben los constructores que la gente puede decidir un jueves cualquiera y mientras preparan la cena, simplemente saltar?, ¿acaso los electricistas han dejado marcado el camino hacia la luz? No sé cómo llamar esa vista obsesiva que mantengo al caminar de puntillas en los pasos a desnivel.

Mi miedo me ha arrebatado tiempo de camino entre avenidas, descubrir qué hay del otro lado de las cosas. Me ha regalado, a la vez, conocer la aspereza de la piel de quien siempre he querido acariciar. De abrazarme, sin decirlo, de quien me acompaña. Decir esa excusa que tengo acrofobia, *¿me das tu mano?, ¿puedo tomarte del brazo?* Caer, caer, caer. A la vez, me canta “salta, salta, salta” en la orilla de la cama.

**Mi padre fue el primero en examinar mi valentía. Midió cuánto podía avanzar por mi propia cuenta en un puente peatonal.**

Mi padre fue el primero en examinar mi valentía. Midió cuánto podía avanzar por mi propia cuenta en un puente peatonal. Ganaba esa competencia siempre al hablarme de los días en que trabajó en una compañía de teléfonos instalando antenas en los techos. Instalando señales de cable.

En el verano del 2006, cuando aún pensaba que me curaría de este terror al subir cada vez más, quise ser como él. Ver si desde arriba podía observar el mundo como lo hacía.

Quien es mi padre me dijo: *¿Ves esos hombres colocar los vidrios en los edificios? Yo subo todos los días.*

Y sentí mi estómago volcarse.

¿Y no te da miedo?

¿Miedo a qué?

Miedo a no volver.

Recuerdo el silencio que llegó en su momento. Afuera de esta urbe de rascacielos sigue existiendo un parque que permitía a los niños explorar lo que era ser adulto. Entre los oficios, los caminos y el sol que dejaba marcas en la piel, a las faldas del cerro, quedaba un edificio con ocho ventanas de altura. Se

trataba de la misma agencia telefónica pero adaptada a infancias. Instalaban cinturones de seguridad a niños que, como yo, querían escalar por sus paredes y dejar en una antena pequeña algún vestigio de su presencia al final. Y recordé la carrera a la que me condenó mi padre. Esa sonrisa burlona que dejaba saber que él no necesitaba de seguridad para subir tan alto, esa rivalidad que nunca ganaría y la imagen de su sombra cubriendo la ciudad sepultándome.

¿Miedo a qué? Me obligué a avanzar. En su momento a escalar las ventanas y replicar su rutina. Hoy, a escribirlo. Probé el antiderrapante de mis tenis rosas. Reí de los nervios, ahora lo sé, solo para poder compartir una broma con él. Reconozco que era un miedo a caer, era un miedo a saberme que, con cualquier movimiento, mi cuerpo se podía quedar prendado en el último piso. Ese mismo cuerpo de apenas un metro y diez centímetros arqueado, de los pies sujetos a los marcos de la ventana, de la mano que aún quería alcanzar un cable que, figurativamente, podía enlazarme con mi papá. Poner esa antena

**A cada paso que llegaba para estar más cerca de la idea de ser como mi padre, más lejos me encontraba de mí misma.**

no era solo cumplir con el juego, era marcar, como una bandera en la luna, la señal de que estuve ahí. De que, desde las alturas, tal vez desde sus ojos, podía entenderlo. Reconocer al hombre que me soltó, una y otra vez, entre risas y carcajadas, hacia al vacío.

Alguna vez le preguntaron a Alejandro Zambra cuál era su miedo más tonto. Respondió que su miedo no es idiota. Colocó el vértigo en el primer peldaño como un tema y contó cómo hizo el ridículo en el desierto de Atacama durante plena cita. Había cumplido una función “masculina”, donde había protegido a una mujer de una especie de cuevas que le habían dado susto, pero cuando llegó a un pequeño montículo en el que todo el mundo escalaba muy deportivamente, él simplemente no pudo subir. Zambra platicaba que sintió su miedo completamente irracional. Demoró una hora en realizar un trayecto de cinco minutos y es desde ahí que no ha podido lidiar con la altura. Yo desconocía la anécdota. Al igual que él, ahora sé que no es divertido. A cada paso que llegaba para estar más cerca de la idea de ser como mi padre, más lejos me encontraba de mí misma.

Mi fobia a las alturas viene, tal vez, de un suelo en el que no tengo peso. De un cielo del que no logro columpiarme. De ver todo disminuir y los sentidos desaparecer. Norman Fischer describió en su ensayo *El origen del miedo*, que nuestros temores

son en realidad el desplazamiento del mayor de los temores, es decir, el miedo a los finales, el miedo a la muerte.

Me pregunto si la muerte fue darme cuenta de que, en las antenas de televisión e internet, no habría jamás una recepción para mí, que mi padre vitorearía su éxito interminable por llegar a la cima primero. Suponer que si alguna vez me dejó ver qué es lo que se escondía en su cabeza, aquello quedó rezagado en la esquina de algún edificio inalcanzable para mí.

Si el mismo psicólogo estuviera frente a mí ahora y pudiera escuchar la pregunta otra vez, diría que el miedo me hacía, hace más bien, conocer esa sensación que tengo sobre girar en mi propio eje, aunque el mundo esté en pausa. El vértigo, por otra parte, viene tan solo con ver cualquier movimiento que no sea el mío; esa posibilidad de poder alcanzar a los demás. El vértigo fue sentido al darme cuenta que jamás seré él. El miedo es lo que quedó de entenderlo.

Mi padre, al instalar esos conductores metálicos en los techos, ¿podía percibirme a mí? Al colocar vidrios en los edificios, ¿vio algún reflejo en cuyo destello yo haya existido? *¿Puedo ir allá contigo? Prometo no arrepentirme cuando llegue al final, esta vez lograré mirarte desde arriba.*

Ese verano no pude bajar. Uno de los chicos del staff tuvo que ir por mí. Al escribirlo me doy cuenta de que dejé colgando algo en la azotea: Estar arriba siempre me provocó inmediatamente querer tocar el piso, siempre volver a querer tener algo estable en dónde saberme parada. Escalón con escalón, ahora me doy cuenta de que era ese instinto paternal lo que quería conocer al tocar tal seguridad.

Busqué aquel parque en internet. Sigue aquí, pero no sé cómo llegar. No fue sorpresa darme cuenta de que no es tan alto como lo imaginé. No tiene ladrillos en los cuales reposar mi pie o manijas de las cuales sostener mi flaco cuerpo de seis veranos. Son solo ventanas con una pintura carcomida por el sol.

No llegué arriba. No soy mi padre saltando de un diecisieteavo piso. No hay un cinturón que se prenda de mí, ni manos que esta vez no dejen caer mi cuerpo; no hay quien detenga mi caída, ni sábana suficientemente fuerte que me atrape. Lo miraba en ese entonces desde las vigas, más allá del óxido que hoy es memoria entre mis manos, haciendo de la vista una línea por el sol. Debe haberme dolido, debió haberse sentido como un golpe de altura en el pecho. Ya lo sé, hoy lo escribo. Pero tomaré el valor que él no tuvo para dejarme caer. Materializaré el recuerdo en algo que colocar en un estante. Ante la distancia y su elevación, la palabra será el antídoto y la salvación si he de caer. Voy a saltar, voy a saltar.